



JULIO C. DA ROSA
nacido en Porongos,
Treinta y Tres (1920).
Educado en el campo,
reside actualmente en
Montevideo aunque no
ha perdido contacto
con la patria chica.

Ganador de algunos concursos, habitual colaborador de *Asir*, ha publicado en sus ediciones dos volúmenes de cuentos: *Cuésia arriba* (dieciséis relatos cortos, 1952, con prólogo de Domingo Luis Bordoli) y *De sol a sol* (siete cuentos, 1955, con prólogo de Arturo Sergio Visca). Ha estrenado en Treinta y Tres, por la compañía de Humberto Nazzari, una obra de teatro: *Más allá de las sierras*.

SENAL inequívoca de que había habido trifolca regular en el rancho de González, era ver a doña Isabel coronando cerros en el tordillo viejo, sierra afuera. Trifolca universal; porque hasta los gatos ganaban el monte. El final era siempre un "mano a mano" con el viejo Patricio, que remataba ella con el lazo de arranque del mancarrón a galope tendido.

Las chispas iniciales de aquellos incendios bárbaros, no solían pasar de menudencias insignificantes; cosas para hacer reír, antes que pelear: la renquera de un cuzco, los mocos de un guri, un mate sin copete. Claro que atrás de todo eso, estaba la causa madre; que solía ser una carga de días, semanas y hasta meses de duración. Una carga de esas que no aguantan cualquier pecho. Como no aguantaba el de doña Isabel. Aunque aguantara el resto de la familia, que la mayor parte de las veces ni se "lomaba". Gente de nervio duro, como ella decía. Endurecido allí; "un poco a las obligadas y otro poco a la fuerza". Pero además, gente a la que la continua presencia de aquella mujer-pararrayos que era la vieja, había acostumbrado a vivir sin temor a la tormenta. Tuvo que temblar una vez el pararrayos, para que todos entrevieran el filo de la catástrofe. Una sola vez, pero buena.

No fue preciso mucho tiempo para que, por el efecto, todo el mundo de por allí estuviera al tanto de causas y demás pormenores de semejantes llos. El efecto era el tordillo con la vieja arriba. Un efecto pintoresco, que tres o cuatro veces por año se descollaba por entre la cerrillada, dejando la estela de comentarios al pasar por los ranchos como un fantasma.

—Parece qu'en lo e'Gonzale hubo desparrazo...

—Tripas vacías o calostro en hija.

A veces las dos cosas. Pero en general, por la época se sabía el motivo de la cruzada de la vieja. De mediados a finales de invierno, era seguro que en el varal iban quedando los últimos huesos del último gaúcho, y en la troje el maíz de semilla, si quedaba. Sin embargo, era justamente en invierno cuando podía haber confusión. Porque más de una vez se juntaron las dos razones.

En verano no había dudas. Por seco que sea el verano, en la sierra nadie muere de hambre. A falta de frutos, da bichos, huevos, miel. Y el hombre es capaz de comer víboras; el guri hasta insectos come. Por hambre no era que la vieja salía de su cueva. Por lo otro era. Y lo otro no solía ser sólo falta de víveres, sino a la vez, aumento de bocas. Más propiamente hablando, aumento de nietos. Y más propiamente todavía, "salida de cuidau" de una de las hijas. Una cualquiera de las cuatro. Porque las cuatro venían a tener los hijos allí. De donde estuvieran, venían. Así la colocación fuera en alguna estancia medio cerca del pueblo, lo mismo enderezaban para el rancho de los viejos, no bien se acercaba la fecha. Venían, tenían los hijos, se los entregaban a los abuelos como cosa propia y regresaban al conchabo. Era como una costumbre.

La vieja salía a buscar con qué vestir al guri y con qué medio levantar el estado de la madre. Viaje de casi un día a la primera parada. Las relaciones de doña Isabel estaban lejos, fuera de la sierra. Desde luego, las relaciones que valían la pena.

—Yo me doy con los rico. De pelaus' toy hast'aquí.

Se tocaba la nuez.

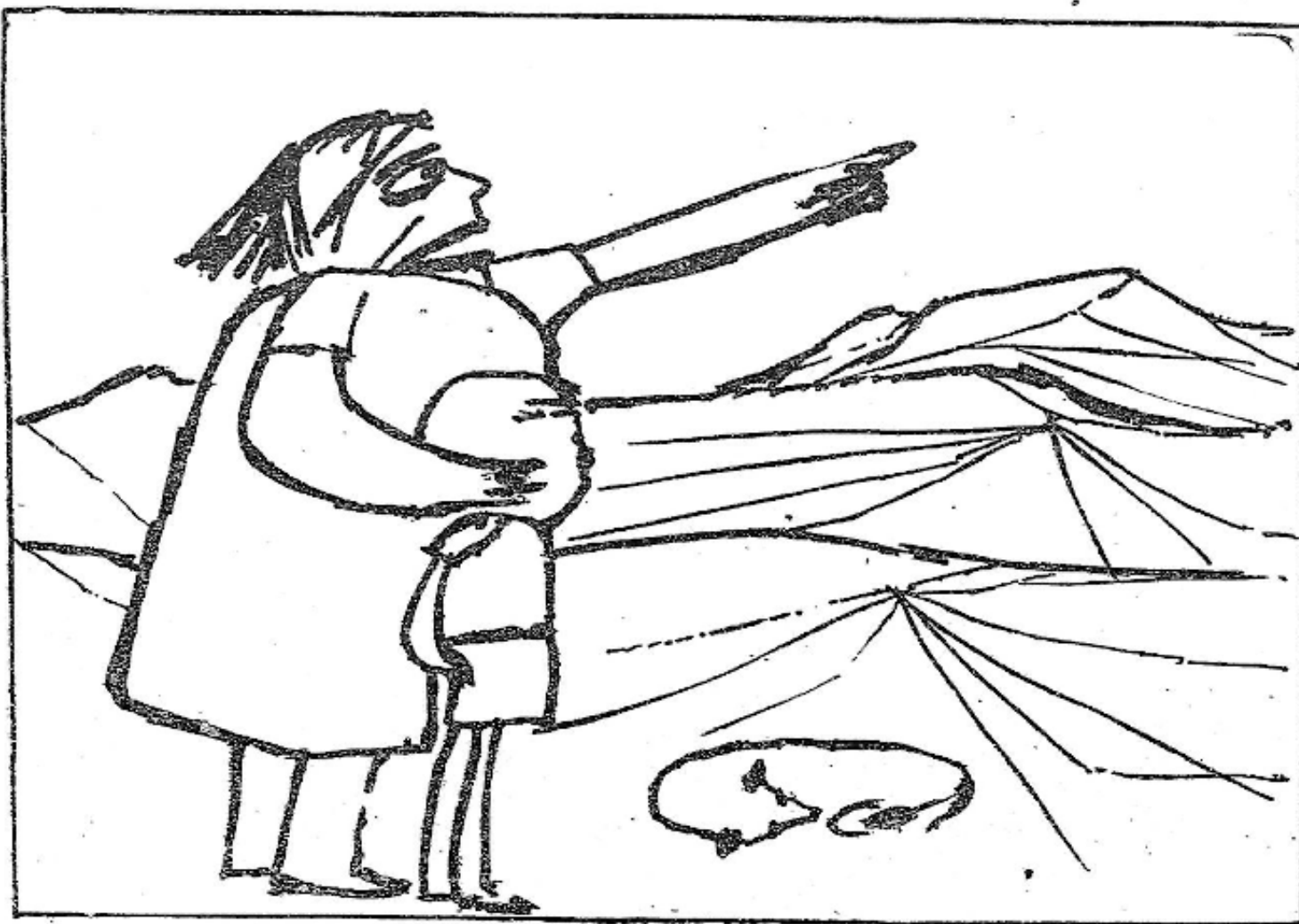
—Uta viejalabancos!

Le contestó una vez Doroteo, el más pelado de los Cabrera. Quedó ella con la palabra.

—¿Y a usted quién le dice perro pa que ladre?

La Vieja Isabel

Por JULIO C. DA ROSA



Mucho más que los hechos y circunstancias motivantes de aquella permanente situación de la casa, a doña Isabel la desesperaba la pasta del resto de sus habitantes. De sus habitantes racionales y mayores de edad; porque de bichos y gurises estaba hasta la boca, como buen rancho de pobre. Bichos de cuanta especie inservible anda por el mundo. Cuanto más inservible, mejor; desde el cuzco "garronero" a la cotorra "boca sucia". Gurises de todos los pelos; gurises color aperiá, barrigones de comer macachines y maíz asado, hijos de aquellas madres trashumantes, que los dejaban allí como huevos "guachos". La pasta de aquellas madres y la del padre que tenían, era lo que no podía soportar la vieja. Una pasta que a ella le parecía tanto más espesa cuanto peor rodaban las cosas.

—Es com'un'acostumbración al relajo.

Al relajo o a lo que viniera. Tal como si detrás de los primeros desastres, sólo hubiese quedado un encallecimiento; o una cicatriz sobre roca, no sobre alma humana. No podía perdonarles a las hijas una caída tan abajo. Sin embargo, "fondiando" en sus cavilaciones, a veces creía hallar algo así como la raíz de una explicación. Pero esa raíz de explicación para lo de las hijas, era al mismo tiempo la raíz de la condena sin atenuantes para el viejo Patricio. Para él doña Isabel no hallaba explicación. Si alguna vez la halló, fue para tirarla lejos como algo que la quemase viva. Cuando alguien le recordaba la cantidad de primaveras que le habían pasado por el cuerpo al viejo, ella retrucaba:

—la vejez respeta la vergüenza.

Y cuando él se ponía a mascullar sus maldiciones contra el ferrocarril, la vieja le tapaba la boca con cuatro verdades.

—¡Andá, ferrocarril! El ferrocarril sirvió pa una cosa muy principal.

—Pa dejar a la gente abanando las manos.

—Y pa dividir el mundo en hombres y en flojos.

Lo dejaba pestafiando Bgerito, entre los tizonas.

Había que haber conocido aquel pedazo de hombre, en sus tiempos de hombre entero, para darse cuenta del cambio.

—Hombre y otro poco...

Haberlo conocido como lo conocía ella. Dueño y señor del camino, al costado de la carreta. Dueño y señor del mundo, que para eso bajaban entonces cuatro yuntas gordas y un mancarrón peludo. Lo otro venía solo. Como vino con aquella canaria soberbia que se le agregó a la carga en uno de los viajes. Y con la "hilera de chancletas" que le fué sacando en busca del machito que al fin no apareció. Y con aquel "injo e'rancho", allá por Tupambaé, tal como se lo podía permitir un carrero de la época vie-

ja. Había que haberlo visto cruzar por esos caminos, como un dios de soledades. Y llegar al pueblo curado de silencios; calado hasta el alma de tierra y agua, vientos y soles, con el sombrero requintado y la picana como lanza, casi un héroe chillando su victoria sobre las distancias medidas por semanas y meses.

—¡Cómo chillaba aquel hombre!

A doña Isabel le parecía mentira que hubiese perdido eso — el chillido — que es algo así como la muestra del hombre. Siempre decía:

—Dé'm'el chillido y le digo el hombre.

Mala seña es que un hombre no chifle. Algo está perdiendo.

Había que haberlo visto llegar a la casa pisando fuerte y gritando como un loco de contento; a las palmadas con hijas y mujer. Sentar las cuatro gurisas en las piernas y tenerlas los ratos perdidos amarradas a los desbarajustes de cuentos interminables del camino y de las noches. Sorprender a la mujer medio a las escondidas en un rincón cualquiera; hacerle sonar los huesos de un abrazo y largarla dolida de besos y lagrimeando de cosas lindas. Ponerse después — sobre el sedoso remanso del día siguiente al de la llegada — a hacer planes sobre un tiempo que tenía que venir, según decía; un tiempo lleno de sol, de plata y de cuanto cosa parecida se puede imaginar. Todo, a la sombra grande de aquella vencedora de tiempos y distancias, en cuyas ruedas él confiaba todo cuanto puede confiar un hombre para sentirse fuerte. Había que haberlo visto irse agrandando de a poco sobre el hilo de semejantes planes. De a poco, hasta convertirse en un gigante capaz de ponerle el hombro al cielo, si por estas casualidades al cielo le hubiese dado por venirse abajo.

Había que haberlo visto entonces y verlo ahora; hecho un perro viejo enterrado en la ceniza. Mirando pasar los días y las cosas sin otra señal de vida que aquellas "putiadas" feroces al ferrocarril. Fue todo lo que le quedó de la época gloriosa. Es decir, lo que le puso punto final. Lo que terminó con carreta, bueyes, rancho en el pueblo y planes. Lo que sólo respetó a la mujer, a las cuatro hijas y un potrillito tordillo recién comprado. Y los pesos juntos, que se fueron como agua, en la olla y en las cuatro cuerdas de piedra y tres de tierra que allí encontró, recostadas sobre la falda del cerro Batoví. Siete cuerdas que nadie había querido ni de regalo, porque no servían ni para sembrar miseria. Allí pobló. Allí terminaron de criarse las cuatro hijas. Terminaron de ser gurisas; porque no habían llegado a los quince, cuando ya andaban desparramadas por las estancias. Enredada entre todo eso estaba aquella raíz de explicación que solía encontrar doña Isabel en el pozo de sus cavilaciones.

(Pasa a la pág. siguiente)

OFRECEMOS NUESTROS MEJORES SERVICIOS EN:

- Caja de Ahorros
- Cuentas Corrientes
- Préstamos
- Valores al Cobro
- Giros y Traspasos
- Depto. de Comisiones de Confianza
- Compra Venta de Moneda Extranjera
- Traveler's Cheques

BANCO LA CAJA OBRERA

Casa Central 25 de MAYO 500

y 23 oficinas en todo el país

(Viene de la pág. anterior)
Hasta la primera desgracia, todavía don Patricio era hombre capaz de enfrentar la situación. Ya con aquel demonio del ferrocarril royéndole las entrañas pero aún con aquella pujanza del carrero viejo, peleándolo como un león. Tanto era así, que él se hizo cargo de todo. Hasta de la paliza a la descarriada.
Era una tarde ventosa de setiembre, cuando ella apareció "echando los bofes" por entre las chilcas. A pie, venía; lejos del cuerpo la barriga remarcada por el vestidito de fulgurante. Los dos viejos hallaron fuerzas para recibirla como siempre. Dónde las hallaron, no supieron; pero hasta

para besos y demás, las hallaron. Pasó una semana casi normal. Otra semana de apenas "buenos días" y "buenas tardes". Una tercera completamente muda. Viendo que la "cosa" se venía, la vieja lo "palabrió":

—¿Y no pensás untarle el lomo?

—¿Untarle?

—Si seguís esperando, el guri te saldrá recibir.

Casi lo sale a recibir. Por diferencia de unas horas la paliza no se juntó con el parto.

Fue esa la primera vez que doña Isabel ensilló el caballo tordillo para trasponer la sierra en busca de ayuda. Pero fue la última vez que todavía encontró algo del hombre que ella había conocido en el carrero viejo. De ahí para adelante, ella tuvo que ocupar el

lugar vacío. Y él, que agarrarse de la última cuerda que lo ataba a sus buenos tiempos de dueño y señor de los caminos. Que eran aquellos reproches como quejidos contra su vencedor el ferrocarril. A partir de ahí, todo se desplomó en el rancho. Todo, menos aquella vieja "tora". Fue como si las otras tres hijas hubiesen estado esperando el ejemplo de la primera, para seguirlo como una orden. Una tras otra, fueron siguiéndolo. Pero a partir de la segunda, fue la vieja quien tuvo que apechugar con la paliza y demás obligaciones. Ni que decir, de aquella obligación de salir sobre el matungo tapado de bolsas vacías, para volver con él de tiro y tapado de bolsas llenas. Si en los demás se fue haciendo la costumbre al desastre,

en ella se fue haciendo la de abrirle un permanente fuego.

Aumentaba hasta de a tres eslabones por año, la cadena de nietos.

—¡Y qu'eslaboncitos! ¡Unos gurises purita boca!

Los inviernos implacables en la sierra. La piedra sólo alberga cuervos. De la chilca no vive nada. Brama el viento contra los filos del roquedal. La helada mata de frío; la garúa y la cerrazón matan de tristeza.

Ya sobre las caídas del otoño, empezaba la sangre a agriarse a la vieja. De alta madrugada a bocas de noche, no se oía más que el pororó de su rezongo sobresaliendo al del viento. Mes tras mes aquello iba subiendo de tono. Un día, explotaba. Siempre en pleno invierno, explotaba.

Del medio del entrevero, salía a buscar el tordillo, pedregal afuera. Entre el escándalo lo ensillaba. Le colocaba el bolsillo encima, se encaraba con el viejo, le descargaba el penúltimo "chaparrón" y mientras él se atajaba, ella subía. Ya sentada, le soltaba el último; castigaba y salía a la disparada, en tanto el otro quedaba sacudiendo la cabeza, hecho una calamidad.

En el primer bajo doña Isabel "boleaba la pierna" y quedaba enhorquetada. Hasta la inmediata subida, donde se volvía a sentar. Así hasta la primera estación de la recorrida. Al primero que la recibiera, le dejaba la pauta.

—¿Cómo anda don Patricio, vieja?

—Ayá'stá aquel viejo ladiu.

Contaba la historia completa. Más allá, todo se repetía. Hasta que llenaba todas las bolsas. Volvía a pie, con el mancarrón de la rienda. Parecía un turco con semejantes cargas.

Una vez la cruzada "de vacío" de doña Isabel desconcertó al vecindario. Desconcertó por una serie de detalles. Entre ellos, la época primavera, la ausencia de novedades en cuestión de parto, y otros. Pero especialmente, desconcertó por la hora de la madrugada y por la aflicción de la vieja, según los que la reconocieron. Bañado en sudor el matungo había pasado hecho una exhalación por entre las abras.

La difteria negra se había descolgado como un ave de rapia sobre el rancho de González. Cuando ella se dió cuenta, ya era el tendal de gurisitos. Pero el horror no era cosa que paralizara a doña Isabel. Le dió algunas instrucciones al viejo y salió a media rienda. A buscar remedios y a sus alrededores. Cuando volvió, aquello era el desastre. Y lo único que traía para enfren-

LIBROS DE POESÍAS

— EN EDICIONES "M" —

Alejandro ARIAS . ISLA DE GRACIA	\$ 1.50
Juan CUNHA . CANCIONERO DE FENA Y LUNA	\$ 2.50
Marcelo DALMAS . GLOSARIO DE PAMPA	\$ 2.00
Generoso MEDINA . MUSICA PRIMERA	\$ 2.00
Manuel MEDINA . SETANCORT FLORILEGIO	\$ 1.20
Jorge MEDINA VIDAL . PARA EL TIEMPO QUE VIVO	\$ 3.00

EN LAS BUENAS LIBRERIAS

DISTRIBUYE

EDITORIAL *Medina*

tar el desastre, eran las indicaciones de un curandero viejo. Más con las indicaciones propias que con las ajenas, consiguió salvar la mitad de los nietos. La otra mitad fue a parar a una laguna del Batovi. Brillaban con el sol los cajonitos de tabla verde, amarrados a los gajos de un canelón.

Cuando llegaron las madres, ya estaba todo hecho. Sólo cuando las vió a todas juntas, la vieja se dejó caer. Caer a lo largo, como un árbol de siglos, minado hasta el corno. La volteó la peste; la levantó a los dos meses largos, el corno invencible de que estaba hecha la carnadura de aquella vieja "tora". Eso sí, le quedó el delirio de la fiebre brutal. Le quedó para siempre. Le quedó tal vez como una compensación por aquellos años bárbaros. Como un descanso de poco tiempo, por tanto tiempo de cansancio.

Deliraba doña Isabel con una carreta gigantesca, tirada por más de cien yuntas de buycos. Sus ruedas, del alto de las nubes, iban emparejando con su peso irresistible, aquel suelo desparejo de la sierra. A veces se la veía haciendo señas de silencio para escuchar; escuchar — decía — el chillido de las cosas feas de allá abajo que aquellas ruedas iban aplastando. Otras veces llamaba a todos los de la casa. Cuando estaban todos, les señalaba con el dedo hacia los paredones de la quebrada, para mostrarle aquel viejo "machazo" que le tranqueaba al costado a la de las ruedas hasta las nubes. Un viejo montado sobre animal tordillo, con el sombrero requintado y la pícana como lanza, chiflando "com' un contento". Cómo chiflaría aquel hombre, que con oírlo no más doña Isabel sabía que se trataba del viejo Patricio González.

LIBROS

LINEAS EDITORIALES COMPLETAS DE FONDO DE CULTURA ECONOMICA, HACHETTE, ATLANTIDA, AGUILAR, LOSADA, SUDAMERICANA NACIONES UNIDAS, UNESCO, F.A.O. y muchas más, en

LIBRERIA UNIVERSO

18 de JULIO 1182

Telef. 90917

MONTEVIDEO

ACEITE

URUGUAY

mejor no hay.